

narración

A quien los dioses quieren destruir

José Calero Heras

«El alma tenías tan clara y abierta, que yo nunca pude entrarme en tu alma. Busqué los atajos angostos, los pasos altos y difíciles... A tu alma se iba por caminos anchos. Preparé alta escala —soñaba altos muros guardándote el alma— pero el alma tuya estaba sin guarda de tapial ni cerca. Te busqué la puerta estrecha del alma, pero no tenía, de franca que era, entradas tu alma. ¿En dónde empezaba? ¿Acababa, en dónde? Me quedé por siempre sentado en las vagas lindes de tu alma.

(Pedro Salinas)

Lo primero que hizo en Madrid fue llamar a su mujer; después, llamarla a ella. Mientras escuchaba la señal, reparó en la bolsa de plástico que había en el suelo, bajo la repisa del teléfono, y la empujó mecánicamente con el pie. Al colgar el auricular, se agachó a recogerla y la abrió con precaución. Tenía dentro una abultada cartera de cuero, de regulares proporciones, con una correa pequeña para colgarla de la muñeca; estaba muy resobada, pero no parecía fuera de uso. Ojeó, inquieto, a su alrededor. La gente pasaba indiferente, en un incesante trajín de bultos y maletas, desvaída la mirada, flotando como autómatas en la sórdida luz de la vieja estación de autobuses. Una vez cerciorado de que nadie reparaba en nadie, soltó el broche que la cerraba y aparecieron unas cuantas facturas arrugadas de diversos colores. Fue al recorrer la cremallera de uno de los bolsillos laterales cuando vio el dinero. Mucho dinero.

De repente, le temblaron las piernas. La cartera no le cabía en el bolsillo del anorak y la hubo de disimular bajo el sobaco. Agarró su maleta y su bolsa de viaje y echó a andar hacia la boca del metro, despacio, para que le diera tiempo a ordenar sus pensamientos. Buscó con la mirada unos servicios donde refugiarse, pero no los halló y bajó al andén. Aunque no había más allá de una docena de personas, dejó escapar el primer tren para quedarse solo y poder examinar el hallazgo con detenimiento. En el bolsillo grande estaban los billetes de cinco mil. Muchos; quizás cuarenta o cincuenta. En otro, más pequeño, varios de mil y unas cuantas monedas. En total, calculó, unas doscientas

mil pesetas; o más. No había ningún carnet ni agenda que pudieran servir para identificar al propietario, salvo las facturas y un papel con varios nombres y cantidades apuntados. Volvió a dejar todo tal y como estaba, guardó la cartera dentro de su bolsa y esperó el próximo tren. Estaba en Palos de la Frontera y tenía que ir a Moncloa, salida Nuevos Ministerios, donde había quedado con ella.

Al llegar a Argüelles, ya había decidido devolver la cartera; no porque se sintiera obligado moralmente a hacerlo (que no se sentía), ni por miedo a futuros remordimientos de conciencia (que estaba seguro de no tener nunca), sino por ella, únicamente por ella.

La había conocido tres meses antes, en unos cursos de perfeccionamiento que ahora continuaban. Tenía la tez morena; el cuerpo menudo, prieto; el talle grácil, airoso, y un andar decidido e insinuante que, como una marejada continua, ascendía en blandas oleadas de los pies a la cabeza, amenazando con quebrarle la cintura. Le inquietaron, desde el primer día, la breve y subversiva silueta de sus pechos, intuida tras la ligera impedimenta del vestido, y el perpetuo movimiento de sus manos, revoloteando constantemente igual que dos palomas pertinaces. Manos incansables, pensaba él, hechas para el tacto, para el roce, para la caricia, capaces de resucitar, con calculada sagacidad, allá donde se posaran, sensaciones enterradas desde siempre.

Aquella mujer le pareció un imposible. Acostumbrado a la suya que, con su pálido semblante, sus grandes ojos claros, melancólicos, y aquel aire delicado y enfermizo de



quienes creen que han venido al mundo para sufrir, no para gozar, pasaba por la vida de puntillas, sin hacer ruido, la mera existencia de una réplica tan opuesta, y su proximidad, le producían un vértigo estremecedor.

Por qué se encaprichó de un hombre como él, teniendo a su alcance otros más relevantes, nunca lo supo. En vano trató de adivinarlo metiéndose alma adentro por su mirada; aquella mirada chispeante y alborozada mientras era el centro de las atenciones del grupo, pero tierna y acariciadora cuando dejaba fluir, en la intimidad, lo mismo su inagotable capacidad de seducción, su femenina necesidad de gustar, que su miedo terrible a la soledad, a sufrir o hacer sufrir a los demás. El abismo de aquellos ojos era insondable para él. La última noche de su

primer encuentro los había observado a hurtadillas, caídas las defensas, y, por un instante, le parecieron fríos y calculadores, lejanos, irremediabilmente perdidos en mares sin esperanza. Y tuvo miedo de perderla.

Fue entonces cuando se aplicó a bucear en sí mismo para sacar a flote lo mejor que tuviera y poder entregárselo como ofrenda. Empresa inútil: los tesoros ocultos, de los que siempre se creyó poseedor, resultaron menudencias impresentables a la luz de aquel nuevo amanecer de su vida. Desconfiaba de que unas cuantas epístolas interminables, que no eran sino autorretratos retocados con pinceladas torpes, y un puñado de publicaciones juveniles desempolvadas al efecto con evidente osadía (de cuya lectura le hacían dudar los imprecisos co-

mentarios que habían provocado) fueran hoy armas eficaces para deslumbrar a una mujer de aquel talante.

Pero quizás el destino acababa de poner en su camino la ocasión de oro para no presentarse con las manos vacías. No todos los días te encontrabas una cartera repleta de billetes; y, entre quedarte con ella, al precio obligado del silencio, y devolverla a su dueño, convirtiéndote de inmediato en el centro de la admiración del grupo, la elección estaba clara. La varita mágica de un gesto tan poco corriente produciría, por sí sola, el milagro de convertir en protagonista a quien siempre actuó de comparsa, de adornar con la guinda de lo extraordinario una existencia que nunca pasó de vulgar, de ver realizada su figura por los cristales de aumento que el asombro

pondría ante los ojos de los demás y los de ella...

Mientras se acercaba a la cabina acristalada, vio cómo la empleada dejaba el bolígrafo con que acababa de apuntar algo, quizás la hora de llegada del tren, y retomaba con gesto mecánico la novela, abierta de par en par sobre la mesa. Le escuchó indiferente hasta que comprobó el contenido de la cartera. Entonces se agrandaron enormemente sus ojos soñolientos y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Cuánto dinero!

Paulatinamente, el estupor se fue transformando en un nerviosismo e hiperactividad absurdos: abrió y cerró los cajones al tun tun, se levantó y sentó unas cuantas veces, sacó y guardó varios tipos de impresos...; todo ello, mientras anotaba la salida del tren y reflexionaba atropelladamente en voz alta:

—¡Válgame Dios!... Es que es la primera vez que se me presenta un caso así, ¿sabe?

Al final, optó por llamar al vigilante.

—Como es tanto dinero... Vendrá en cinco minutos.

Cinco minutos que duraron una eternidad. La muchacha repartía sus miradas entre él, inquieto por el retraso que empezaba a causarle aquel asunto, y la cartera, que, sobre la mesa, en el centro de la estación, subrayaba con impúdica arrogancia su propia sinrazón e incongruencia.

¡Cuántos pensamientos contradictorios no le bullirían dentro de la cabeza para que uno de ellos se le escapara indiscretamente por la boca!:

—¡Jo, qué suerte! Si me la llevo a encontrar yo, me arreglo...

No le hacía falta volver la cabeza para adivinar la expresión con que estaría siendo examinado. Aquellos ojos, que se habían reducido ya a su justo tamaño, no estaban admirando a un héroe, sino contemplando a un bicho raro, menospreciando al estúpido provinciano que pretendía dar trasnochadas lecciones de honradez donde sólo rige la ley de la selva.

La apostilla jocosa del vigilante,

mientras consignaba sus datos y las circunstancias del hallazgo (—¡Doscientas cuarenta y seis mil pesetas! ¡No hubiéramos hecho tú y yo nada con ellas! ¿Verdad, chata?) acabó de convencerlo de que no había calculado el riesgo que entrañaba su plan. Mala táctica intentar deslumbrar a nadie con candideces y blandenguerías en estos tiempos. ¡Cuánto mejor no hubiera sido gastarse parte del dinero en un espléndido regalo! Pero la cosa no tenía ya fácil arreglo.

—Me gustaría discreción, ¿sábe? Nada de publicidad. No merece la pena.

—No se preocupe —lo tranquilizó el vigilante, pasándole a firmar el impreso recién relleno—. Aunque había que ponerlo como ejemplo. Hay pocas personas como usted, ¿sábe? ¡Qué digo pocas! Apostaría que ninguna...

Salió al andén avergonzado, imaginando los comentarios que quedarían haciendo a sus espaldas; pero cuando afloró a la superficie y la vio correr a su encuentro ansiosa y sonriente, aureolada por la luz blanquecina del invierno madrileño, comprendió que no le hacían falta pruebas de honradez ni generosos presentes para atraer a aquella mujer, aunque siguiera ignorando los motivos. Olvidó todo, como quien arrincona una enojosa pesadilla, y comenzó a ser feliz con esa fórmula recién descubierta que consistía en cerrar los ojos, abandonar la brújula y el timón y dejarse flotar a la deriva, en cuerpo y alma, por el inmenso y apacible mar en que ella se le convertía, seguro de ser guiado siempre al puerto de sus mejores deseos, sin tener que pensar, sin tener que decir, sin tener que actuar...

* * *

Al día siguiente, cuando algunos compañeros porfiaban que habían oído su nombre en la radio, en boca de un kioskero agradecido por la devolución de una cartera con un cuarto de millón de pesetas, no tuvo

más remedio que disimular como pudo el desconcierto y jurar y perjurar que no sabía nada. Sin embargo, el tono entre burlón y amenazador con que ella se le encaró, mientras se ramificaba y diluía el tema en boca de los demás (—¡No me engañes! ¿Eh? Algo te ha pasado y no quieres contarlo) le hizo replantearse la cuestión desde una nueva perspectiva. Seguiría callando, pero luego, cuando estuvieran solos y ella le insistiera una vez más, se lo contaría todo. Bien mirado el asunto, ahora tenía a su favor, no sólo el noble gesto de la devolución, que ya de por sí le enaltecía, sino el más honroso todavía de intentar mantenerla en secreto a toda costa...

Pero no contaba con la fragilidad de la memoria de los hombres. Nadie, ni ella siquiera, volvió a acordarse del tema durante los tres días que estuvieron juntos. Alguna vez, en la intimidad, cuando se rumian al azar las conversaciones, los acontecimientos que quedaron deshilachados a lo largo de la jornada, él esperó, impaciente, verlo aflorar de sus labios. Fue en vano. A punto estuvo de sacarlo a relucir, como por casualidad, pero no hallaba el modo de destapar el frasco sin que se evaporaran las esencias que contenía. Y, bien mirado, tampoco lo necesitaba: La proximidad de aquella mujer disolvía, sin dejar rastro, todas sus incertidumbres y recelos.

Lo peor fue a la vuelta. Expulsado del paraíso, la cálida atmósfera en que se trajo arrebuados los recuerdos no tardó en entibiarse y, lentamente, uno a uno, como rosas de invernadero expuestas a los vientos helados de la distancia, fueron deshojándose sin remedio. Un día en que su voz, por teléfono, le pareció menos fresca y acariciadora, volvió de nuevo los ojos sobre sí mismo y, tras hurgar dolorosamente en sus entretelas buscando un talismán con que evitar la caída por la cuesta abajo de la indiferencia, no encontró sino aquella inútil y olvidada aventura de la cartera que tan mal había rentabilizado. Y cogió la

pluma y se lo contó todo en unas cuartillas redactadas con todo el esmero de que fue capaz. Unas cuartillas que, empezaban así: «Lo primero que hizo en Madrid fue llamar a su mujer; después, llamarla a ella. Mientras escuchaba la señal, reparó en la bolsa de plástico que había en el suelo...» y que, tras largos años de haber abandonado la pluma, le costaron gotas de sangre y sudor.

Lo demás no lo entendía. ¿Qué delito había cometido para recibir a vuelta de correo tantos reproches juntos? ¿Él, retorcido, tortuoso, desconfiado, inmaduro? ¿Qué significaba aquello de «la lastimosa lejanía de insuficiencias con que buscas la compasión, con que disfrazas tus ansias de dominio»? ¿Cómo convencerla ahora de que todo había sido pura invención, motivada por aquella noticia que alguien había creído oír por radio y madu-

rada, durante las seis horas interminables que duró la vuelta en autobús, por la lectura de un poema de Salinas? Aquel que dice:

«Te busqué por la duda:
no te encontraba nunca.

Me fui a tu encuentro
por el dolor.
Tú no venías por allí.

Me metí en lo más hondo
por ver si, al fin, estabas.
Por la angustia,
desgarradora, hiriéndome.
Tú no surgías nunca de la herida.
Y nadie me hizo señas
—un jardín o tus labios,
con árboles, con besos—;
nadie me dijo
—por eso te perdí—
que tú ibas por las últimas
terrazas de la risa,
del gozo, de lo cierto.
Que a ti se te encontraba

en las cimas del beso
sin duda y sin mañana.
En el vértice puro
de la alegría alta,
multiplicando júbilos
por júbilos, por risas,
por placeres.
Apuntando en el aire
las cifras fabulosas,
sin peso, de tu dicha».

¿Cómo no se había dado cuenta de que él sólo había pretendido jugar a hacer literatura igual que ella, quizás, había jugado a hacer el amor?

Todo trató de explicárselo en una larga y desesperada carta, pero jamás obtuvo contestación. Indudablemente, a quien los dioses quieren destruir, le ponen delante una cartera llena de billetes...

(Enero, 1988)

Ultimas horas de un caballero andante

Alfredo Montoya

AGONIZA el caballero, que tantas famosas aventuras ha vivido, y cuyo cautivo corazón tan largo tiempo ha pasado pendiente de la señora de sus pensamientos.

Es él quien agoniza; el mismo que salió un día al ancho mundo con la disposición de guerrear con gigantes y partirlos por mitad del cuerpo o bien rendirlos y mandarlos a hincarse de rodillas ante la su princesa; el mismo que, tiempo ha, embrazó su adarga y partióse a la luz de la aventura con grandísimo contento y alborozo; el que también hubo de sufrir desgracias incontables, combatiendo con desafortados jayanes que le hicieron rodar maltrecho bajo el embate de sus

brazos descomunales; el mismo, sí, que hizo yacer por el suelo la soberbia de los robadores de damas de singular fermosura; el que aventajó con sus hazañas las de los Doce Pares de Francia y aún las de los Nueve de la Fama; es ése el que agoniza.

Piensa por un momento el caballero rendir cuenta a sus deudos de su impostura andante. Pasa por sus mientes en el último trance revelar cómo se empeñó en tan formidables empresas no por otra razón que la de apartar el cuerpo y sobre todo el alma de la mala ruindad en que el mundo estriba. Siente el deseo de confesar que cambió molinos en gigantes, venteros en señores, bachilleros en esforzados caballeros, con tal de hurtarse a la absoluta poque-

dad de la vida que corre. Quema sus labios el propósito de revelar en la grave hora del fin cómo la necesidad de su corazón desamparado le hizo inventar el dulce fingimiento de su princesa amada.

Piensa por un momento el caballero, cuando con claridad advierte el acabamiento de su vida, en relatar a todos la verdad de su historia: que estando cuerdo se fingió demente, sólo por habitar un mundo más suave y vividero, sólo por alentar ilusiones más altas.

Mas el viejo señor, que está cansado y que de la ficción ha hecho hábito, obra una caridad postrera y dice, apagando los ojos: «Viví loco pero, Dios sea loado, muerdo cuerdo». Así contenta a todos.